

Antología de Martín Marum

Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Inexistente.

Cubos.

Estático.

Espectros.

El pulpo y el astronauta.

Líneas engañosas.

Ruido.

Cucaracha azul.

A veces.

En ocasiones.

El remordimiento.

Crear.

Indecisiones.

Esta hora

Piedras.

Ciclo

Llamas.

Cueva

Cactus y peripecias.

Afrontación

Polvo

Paso

Autobiografía

Marcia

Vueltas

La vi me vi te vi la vi

Rotativo

Quinientas veces

Fragmentos

Huesos quebrados

Efímero

Trasasarían el aire

Repetición

Amnesia

Ojos y huesos

Otro lado

Inexistente.

Posada sobre la cortina

Flor sin mes

Descansando a sus pesados

Ensimismamientos

De largas cuerdas interminables

vibraciones sin fin

Sin lucro

Con espíritus.

Temblor de las hojas pegadas sobre el muro

Temblor de las esferas en los rincones

Ojos degollados en la nada

Risas, aplausos, seriedad, el final

Sugerente y sugerido.

Bajo la calle más aceras

bajo ellas más pedazos de ficción

Empañamientos repentinos que los trapos

No pueden aclarar.

La sombra sobre el asfalto

De un vuelo repentino

Quedó pegada

A un pedazo de tiempo inexistente.

Cubos.

Cubos en los mares y mares en los cubos, seres dentro de esos cubos, seres dentro de esos mares; soles abismos y ballenas nubes dentro de ambos. Cristales invisibles vistos únicamente por nuestras manos, manos invisibles vistas únicamente por esos cubos. Se mueve, se queda, no está. Estuvo. El vuelo frágil del pájaro que pasa nos recuerda algo, sin saber bien qué.

Estático.

Detrás de nosotros las sombras
Detrás de las mismas sombras
Y las luces
Del humo del cigarro
Y las chimeneas.

Existe algo detrás de todo
Detrás de lo que no parece
Tener detrás
Y lo que no parece
Tener delante.

En la mano una nota
En el mirar un enigma
Dos relojes casi míos
Descompuestos
El tercero fue
Y no quería cerrar.

Los pasos y las ruedas por invitación
Me llevaron a obras de otros
Las obras de otros a obras de otros
Reflexiones de un lugar conocido y desconocido
En un momento distante sobre un muro.

En nuestro ser lo mismo
Lo que está ahí proyectado para el otro
Y ese muro
Que nació hace tiempo.

Testigo de su proyección
Testigo de la luz
Del delante

Y de la sombra

Estático a pesar de todo.

Espectros.

Charcos naciendo en las calles
Cuando la lluvia cesó hace tiempo
Y los ojos cerraron las estelas opacas
De azul seco.

Repentinos choques
Repentinos desencuentros
Infortunio afortunado
Fortuna desencantada.

Ladridos y llantos alrededor
Imágenes sombrías
De rostros felices
Ante una muerte
La del otro.

Quema el aire
Y quema el interior
Mientras gotas empiezan
A salir de sus carriles
Golpes de una mano a la otra
Reflejos distantes en un espejo
Frente a un rostro ajeno.

La ventana deja de ser ventana
Y el marco de ser marco.

Desfiguración
Gesticulación
Un monte de siluetas paseantes
Bajo la tenue luz de los focos de las nubes
Apretadas en el mismo cristal.

Danzantes en los mismos cuadros
Traspassando los mismos mosaicos
Señalando los mismos reflejos
Pisando las mismas líneas.

Voces atacando las cabezas
Y cabezas atacando las voces
Internos espectros giratorios
Sin su centro.

El pulpo y el astronauta.

Era ya una hora que no recuerdo de un día de un mes que no recuerdo, que bien podría ser mañana o anteayer, o quizá, si usted así lo prefiere, hoy mismo; me parece que no tiene eso alguna importancia, y no quiero aburrirlo con tan tediosos detalles. En el tocadiscos o en mi cabeza tocada sonaba un concierto para piano de Franz Liszt, en las calles las ruedas, en las aceras los gritos, y en los techos un extraño zumbido como de miles de abejas a lo lejos planeando matar a la reina. Había ya escrito mi cuartilla, la misma de la que le había a usted hablado anteriormente, que más que cuartilla era un círculo inmenso de palabras colocadas unas con otras, un conjunto de líneas uniéndose entre sí formando una estructura totalmente distinta a lo que en un comienzo era una forma totalmente distinta; un triángulo, un triángulo era. Al terminar no quedaba más que quemarla, había demasiado de mí en ella y era aquello precisamente lo que yo estaba evadiendo, recuerda, había ya demasiado de mí en mí; no, no espero que lo entienda, yo tampoco termino de hacerlo, resulta que todos somos criaturas salvajes, seres abominables a la espera de matarnos los unos a los otros, si no le he dado un golpe en las tripas en este mismo instante es por la mera pereza de alzar mi puño contra usted y las consecuencias que esto traería consigo. No me malentienda, no es que piense que sea usted una mala persona, es que todos lo somos. Pero ambos sabemos que el estrecho vínculo que hemos ya formado es otro detenimiento para que yo sea capaz de hacerle algún daño, al menos por el momento, pues, aunque a veces o siempre pueda tener un deseo disimulado de golpearlo hasta que la sangre le salga por los oídos y sus huesos suenen a música de relámpagos, no me gustaría verlo sufrir. El caso es, escúcheme bien, que una vez quemadas estas hojas, las cenizas cubrieron mi rostro por una brisa llegada desde la ventana, haciéndome llorar como un recién nacido. En un primer momento, naturalmente, como seguramente usted también pensara, creí que se trataba de polvo incrustado en mis ojos, pero no era así, pues los había cerrado instintivamente en el instante en que esto ocurrió, estaba ahí llorando por el mero gusto de llorar, como una máquina programada para hacerlo o un cocodrilo lubricando sus ojos, ¡el llanto era extraordinario! ¡Verdaderamente extraordinario! Si hubiera podido usted verlo se hubiera maravillado a tal punto que seguramente hubiera contribuido también con su lluvia y habría querido fotografiar cada gota con un microscopio, el cual le mostraría los mapas del lugar al que a continuación iría. Daba vueltas en tal estado por la habitación con mi cigarro entre los dedos cuando tuve frente a mí uno de mis cuadros, 50x50 amarillo, lo había titulado, siendo la medida de este 80x80 y estaba compuesto por distintos tonos de azul, y en medio, justo en el medio, los huesos de un cubo dorado; en un principio había surgido como una mera broma hacia la galería en la que estaría expuesto, hacia las personas que lo verían y hacia mí mismo, pero en los días siguientes a su realización e incluso hasta el día de hoy, 38 años más tarde, se convertiría inesperadamente en mi cuadro favorito, ahora cubierto por una ligera capa de cenizas, o así lo creí ver. Fue entonces en este punto cuando, en el éxtasis de la contemplación, me fui sumiendo irremediablemente en mi fondo, el cuadro se llenó de agua de mis ojos y mis ojos de polvo de mi cuadro, eran sus ojos los que ahora me miraban, era él quien ahora me juzgaba, de mis cigarros no era ya humo lo que salía sino burbujas que se iban esparciendo a través de la habitación, a través de mí, a través de todo, ¿Qué más podía hacer, dígame usted, si no había manera de seguir flotando en la superficie? Su espacio debía ser mi espacio y mis apretados pesares los suyos. Del fondo de nuestro mar surgieron las estrellas y de las burbujas mi casco de astronauta. De mi traje una delgada línea de tinta unida a una criatura tres veces más grande que todo mí ser; este pulpo majestuoso tras de mí, acercándose con sus tentáculos, cubriéndome en un momento con ellos, llenándome con su tinta, siendo yo ahora su permanente, continua creación.

Líneas engañosas.

Los signos cambiantes
Sobre un frágil cubo
Saludan en los instantes
En los que todo se detuvo.

En ellos un estar permanente
Pegado al nuestro y al de todos
Hay quien los lleva en la frente
Hay quien los lleva en los codos.

Signos danzantes
con sus líneas engañosas
nos miran y ofrecen
sus lutos y fosas.

Ruido.

El zapato no me sirvió de hogar
Y el hogar no me sirvió de zapato
Girando en el interior de mi vaso
De un lado al otro
Del otro a un lado
Me retuerzo dentro de mi propio
Abismo.

Todos y nadie
Nadie y todos.

Lentamente deformándome
Al tiempo que me formo
Arrastrándome
Al tiempo que me elevo.

Seres expectantes
De una sinfonía parada
Pasos bancas ensimismamientos
Distracción extroversión
Ojos parpadeos distantes
Vuelos aterrizajes espera ruido
Distancia ruido desencuentro
Ruido.

Cucaracha azul.

En el bús una cucaracha voló hasta casi abrazar al hombre dos asientos delante mío, este delicadamente la rechazó con una palmada al aire cuando aún no aterrizaba su vuelo. Esta quedó pegada tras de él, en la espalda de su asiento, mirando celosa de reojo a la mujer sentada frente a mi. Ella se movió un instante al ver a la turista a un par de centímetros de distancia; solo un poco, por mero reflejo, y permaneció ahí en su asiento, ya sin inmutarse, hasta que después de un rato aquella se fue volando (o se cayó) para caminar finalmente entre el temblor de los suelos mientras todos parecían ignorarla, o más bien, ser incapaces de verla.

A veces.

A veces debo
Quitarme los lentes
Para ver mejor.

Demasiada realidad
Puede nublar
La mente.

En ocasiones.

He de confesar que en ocasiones finjo que existo
voy de sitio en sitio confundiéndome
entre los hombres
formando parte de ellos
sin que se sospeche que soy
la piedra que no soy
posada en el mar
a la que los peses confunden con pez
y los erizos con erizo.

En ocasiones
cuando la cosa se pone seria
también finjo que vivo
y que estoy
no por el mero hecho de haber caído
sino por haberme levantado
y estar a gusto entre los hombres
entre los peces
y entre los erizos.

El remordimiento.

Tieras como el piso en las que se posan
Sus alas que apenas ayer no dejaban
Espacio a la espera
¿Por qué llegar para hacerme ver
Otro molde en tal estado?
¿Por qué irrumpir danzante en la noche
Inspeccionando mis paredes
Volando de norte a sur
Para al día siguiente ver en reposo eterno
Este manto que recién ha dejado de cubrirle?
¿Fue mi culpa?
¿Debí derribar la puerta que dejé
Completamente abierta?
¿Debí conducirle amablemente hacia ella?
¿Me habría hecho caso?

Crear.

Creo

Creí

Creeré

Por un

Momento

Un momento

Nada más

O dos o cinco

A la mucho

Seis o nueve.

De ahí

En fuera

Creo todo

Sin creer.

Indecisiones.

Los dos extremos

Bien pegados

Apretándome

Mientras miro

Al centro

Y trato

De encararme

A todo lo demás

Que ya está hecho.

Esta hora

En esta hora
De hoy
No de siempre
En las calles
Esquinas
Y mosaicos
No hay más
Ni búsqueda
Ni pan
Ni recelo
Ni causa
Y apenas efecto
Están algunos pasos
Que acomodan algunas cosas
Algunos ojos
Algunas letras en el aire
Algunos humos desplazados
Y un extraño distante
Distanciamiento de los espíritus
Eso
Nada más eso
Qué más iba a ser sino eso.

Piedras.

Inevitablemente se cansaron
Los ya divorciados brazos
De tanto cargar
Justo en el momento en el que
Ya lo único que en ellos había
Era el aire que a sus costados corría
Ya casi como caricias o consuelos
Mientras se miraban estos
Reflexivamente entre si
Deseando la persona
O sea yo
O sea aquel
O sea este
O sea aquella
O sea nosotros
No pusiésemos
Nuevamente
Sobre ellos
O en la amiga espalda
O en los ojos
O en las nubes
O en la pasión
Más piedras
Que cargar.

Ciclo

Fotos gastadas
De un ciclo de reciclado
Que se esconde en las sombras
De las dejadas sobre ellas
Queriendo salir de alguna manera.

De una a otra
De otra a una
Todas la misma
Un mismo espacio congelado.

Es su sitio ahora
Siempre lo fue
No hay más
No hay más que sombras.

Llamas.

Luces tenues
Papeles mezclados
Incendio interno y externo
Ritmos bajos
Melodías pasadas.

Sincronización
De las llamas con la muerte
De las líneas
Quemándose las unas
A las otras
Sin más observación
Que su enorme
Colorido
Abismo.

No me llames
Dice el fuego
No me mates
La lluvia.

Pasos vacilantes sobre un hilo
Hilo vacilante bajo los pasos
Las cenizas inundan el paisaje
Y las gotas secan los campos.

Una oscuridad presentada
Como luz
Y una luz presentada
Como oscuridad
Nos penetran.

Cueva

Parpádos gastados
Bajo mi cueva
Llaman a un nombre desfigurádo
Que en un punto fue estremecimiento.

Ya no hay lluvia
Ni diluvios
Hay desiertos
Y cactus
Extremidades secas
Y paisajes cuadrados.

Ríen postales en las calles
Ríen las aceras
Los puentes aplastan
Y los hombres observan con desesperación
Su esperado turno para pasar
A formar parte de algo
Más grande que si mismos.

Giran las tensadas ruedas infinitamente
Mientras ojos las observan
Seguimos en el medio de todo
Mientras intentan aplastarnos.

Cubro mi rostro
Con sigiloso respeto
Hacia aquello que fue
Y ante aquello que no.

No he de resistir
El llamado
De la almohada

Pidiendo reconocerme.

Cactus y peripecias.

Letras ensangrentadas lloviendo deformadas sobre si mismas siendo transportadas por las manos a un desgastado papel agujereado, los surcos son los surcos y nuestro abismo lo que sea que se le ocurra ser, todos tan santos como demonios. Me recargo en la almohada ya despegada de mi ser y doy un respingo, las gotas rojas en mis lanzados dados gritan por sol y por luna al tiempo que giran por escaleras erigidas sobre un enorme desierto. Algunos seres de púas afiladas en su cuerpo, similares a hombres cactus o mutaciones de puercoespines, me hablan desde las sombras de este sitio. Cactusos eres -me gritan desde sus rocas-. Cactusos somos. En sus ojos se proyecta mi reflejo que corre intentando cubrirse en algún cruce, algún vaso, alguna estancia, algún humo, algún velo, alguna prudencia. Mi cuerpo es de aire y trato de andar sin ningún viento que me ayude. Bajo una mesa alzada sobre una roca encuentro un cúmulo de letras en desorden esparcidas por toda la abultada superficie, polvo, trapos sucios y un ataúd. Me recargo sobre este último, lo contemplo curiosamente por un momento, hasta que, tras sentir mi mano encima suyo, empieza a hablarme en un lenguaje incomprensible y sus dedos como ramas nacidas de dos árboles secos me toman de los brazos, me alzan y sacuden; de mis oídos nacen hojas, de mis ojos lluvias, mientras sonidos de órganos suenan en estancias lejanas. Inmóvil quedo suspendido entre sus ramas, hasta que, tras un espacio de inútiles esfuerzos por librarme de aquel aturdimiento, nubes se adhieren a mi cuerpo y me llevan lejos del sitio. Miro ahora desde lo alto una carretera infinita, desde ella me observan ojos dentro de bocas, que con cada palabra cambian su color. Manos a mis costados flotando por los cielos me ofrecen imperiosos anuncios poblados de simbolismos, los rechazó a todos; me rechazan igualmente. Las nubes prosiguen su camino hasta caer en los ríos como enormes serpientes huyendo del mundo, voy con ellos sin oponer resistencia a donde desean conducirme y termino siendo arrastrado hasta un espacio ausente de puertas y conflictos, he sido desplazado a algo semejante al escondite buscado; tan lleno de luz como de sombra, y me es inevitable el cuestionar el porqué de todo aquel vaivén, este ir y venir con tan extravagantes peripecias, y tan, aunque grato, escandaloso sitio para acabar. Lo pregunto por preguntar solamente, sin esperar respuesta alguna, aunque queriendo ansiosamente obtenerla. Lanzo pues el cuestionamiento al aire y me estremezco ante mi pequeñez y la de las enormes cosas sagradas; como larva me retuerzo sobre enormes cortinas opacas y por un momento creo saber que venía a hacer por estos mantos.

Afrontación

Si la vida
Te da estiércol
Abona la tierra
Y mira el jardín
Crecer.

Polvo

Cae la noche
Cae el telón
Caen por su propio
Peso
Los cuerpos.

Descienden
Entre
Su indecisión
Y su deseo.

Se sumergen
Las manos
Acariciando el
Ilusorio rostro
Del ayer.

¿Quién soy
En este hoy?
¿Quién soy
En este mañana?

Los vividos ojos
De una silueta polvorienta
Me hablan
Desde lejos
Tan cerca
De mis pupilas.

¿Qué puedo ya ofrecer
A estas apacibles esferas
Tan hambrientas
De esta sangre

como de nubes?

Imagen corroída

Por improprios

Y graciosas inventivas

Calumnias del prójimo

Dedos tembloros

Sobre el papel

Necios en

Seguir andando

Vueltas en

Un mismo

Establecido molde

Esparcimiento de

La soledad

Llamando

Vencedora

Y vencida

Al último

Saludo de

Despedida.

Lo que

Fue carne

Ya es polvo.

Paso

Miro en la arena
como en el asfalto
los crueles muros
y las piedras
el reflejo
resquebrajado
de la brújula
que marca el paso
hacia aquello
a lo que no fui.

Huye de quien
ha de buscar
busca a quien
ha de huir.

La apaciguante
calma última
del que ha buscado
sin saber
que busca
ha esperado
sin saber
que espera
y a huido
sin saber
que huye.

La culminación
de todo aquello
empezado
sin querer.

Autobiografía

Una vez
fui alguien.

Después
no me gustó.

Marcia

Marcia me trajo hoy desde la tienda de antigüedades a la que tanto le gusta ir, después de hacer aquello que no me cuenta que hace, un bastón nuevo (nuevo para mí, claro está), del siglo XVIII, o al menos eso le hicieron creer en la tienda. Una antigüedad en la mano de otra; supongo que por eso le gusta visitarme. Marcia sabe que para mí todo bastón, sea de hoy o sea la rama de un árbol caído usado por un homínido lastimado hace tres millones de años para poder seguir manteniendo erguida su postura, es igual. Sin embargo gusta de traerme, cada que puede, uno nuevo. Creo que está armando su colección. Le agradecí y como de costumbre le hice saber que no era necesario, que incluso estaba dejando de usar estos viciosos artefactos y que cada vez me encuentro con más fuerza y lucidez; que pronto tendré su edad y alcanzaré al menos un poco de su infinita sabiduría. Ella rió, como ríen las flores y cómo ríen algunos soles al atardecer, ocultando dentro de sí pequeños pedazos de melancolía. Un día le pregunté cómo pensaba ella que se vería a mi edad, "con más bastones", me respondió. Como ella, yo también reí. El sólo pensamiento de los años pasando sobre Marcia me estremece como no ha de hacerlo el de ellos pasando sobre mí.

Vueltas

Pasos siguiendo
A la sombra
Entrecortada por hilos
De luz.
Manos en el aire
Ojos en las tripas
Llagas en la arena caída
De los vidrios quebrados.
Di vueltas y vueltas
En el mismo cuadro
Vueltas y vueltas
En el mismo tono.

El número se pasó
Y las nubes se
empezaron
A cansar.
La cabeza
girando
Al son de
un latido lejano.
No hay más calles
Para allá
Solo el esqueleto corroído
De un recuerdo.

La vi me vi te vi la vi

La mano del chofer del bus
Al recibir el cambio
El tubo que evitaba la caída
La espalda de un anciano
Y su gorro color naranja
La atmósfera asfixiante
Y los apretados pasos
En un espacio reducido
Los ojos aturdidos buscando
Un espacio en blanco
El espacio en blanco
El sudor de una mujer
Con sobrepeso cayendo
Por su cuello
El temblor del suelo
En nuestro cuerpo
El súbito freno y
Arranque malintencionado
El foco intermitente
Y el insecto rodeándolo
El "Bájale a tu desmadre, cabrón"
Gritado al chofer para
Que bajara a su desmadre
El "Chinga tu madre"
Del chofer hacia el que gritó
(Y hacía todos en general)
El sonido de la oxidada
Puerta trasera abriéndose
Los pasos de alguien
Bajando los escalones
Su dedo medio levantado
Entre el mar de rostros
Antes de salir

El ruido del motor
Al arrancar
Los ojos
En el espejo
El rechinar
De aquel asiento
El "Se me aguantan culeros"
El escupitajo lanzado por
La ventana
La esbelta figura de las opacas
Nubes corriendo tras de ellas
El poste de luz caído
El panadero con el pan
La juntada del chisme
Diario vecinal
La misma ventana resquebrajada
El "Baja" asfixiante de
Alguien en el medio
La ininterrumpida continuación
Del giro de las ruedas
Sobre el asfalto
El "Te chingaste"
De alguien detrás
La subida de una
Mujer con vestido azul
El piropo hacia su figura
El "Cálmate perro"
El "Ta bueno pues"
La bajada del
Asfixiado del medio
El súbito "Hay no espanten"
Tras el sonido de
Un pelletazo lanzado por
Unos niños desde afuera
A la parte trasera del bus
La música clásica salida

De las bocinas a los costados

Las miradas de todos

Las manos aferradas

A la fragilidad

El latir agitado

De los corazones

Ella

Era ella.

La vi en todos los rostros

De todas las gentes

Los árboles las aves

Las cosas y el aire

Frente a lo que ya

No era el mío

Lo que ya no era yo

Lo que creía ser yo

La vi me vi

Te vi la vi

Si supiera

Cuánto

La vi

Cuando

Pretendía

No

Verla.

Rotativo

Espiral en un molde
Asomándose gira entre pasos
El centro no permanece acorde
Con los giros de los últimos trazos.

Deambula la rotación disimulada
Se cubre con los sonidos incrustados
Un extracto distante de luz encantada
Se llena de placer con los estados.

Fracturas ensimismadas
Descosen los hilos abrazados
Las formas disfrazadas
Nos siguen a todos lados.

Oigo un ruido en el centro
Que hace temblar mis sesos
¿Qué es esto que encuentro?
Que hace girar mis huesos.

Quinientas veces

Un latido en la cabeza
rodillas quebradas en la niebla
cortinas movidas por el viento
sangre en los brazos
sangre en la mesa
en la lámpara en la lupa
en el pincel en las piernas
en la pluma y la hoja
una hormiga trata de pasar de
un mosaico al otro
sin notar que ya lo ha hecho
quinientas veces.

Fragmentos

En la orilla del mar vi pasar las nubes cargadas de fragmentos inmortalizados de tristezas, pareciendo querer huir del sol tanto como de la luna; queriendo aferrarse a las danzantes ondas del mar y bailar con ellas eternamente.

En la orilla del mar me vi.

Huesos quebrados

Arrastrando entre cenizas
Los huesos quebrados
Andando en las calles
Con mi par de rostros quemados.

Divagación desolación
El viento me contradice
Exploración deformación
Este cubo me maldice.

Voy adentrándome en los mosaicos
Sin darme cuenta de cuanto
Mientras las líneas que inundan mi ser
Van llenando el aire en cada tanto.

Vas y vienes
Sin saber
A dónde vas
Vienes y vas
Sin saber
En dónde estás.

Efímero

Todo lo que hubo de
Parecerme eterno
De un instante a otro
Viene a ser ahora eso
Visto desde acá
Hoy en retrospectiva
Otro instante.

Lo efímero de lo
Eterno
Y lo eterno
Que es lo efímero de todo.

Traspasarían el aire

En un mundo perfecto
En un tiempo perfecto
Yo podría ser comprendido
Sin necesidad de usar palabras.

Mis dudas mis miedos
Mis penas
Traspasarían el aire
Y tu carne.

Lo sabrías
todo
Con solo verme
de reojo.

Yo me quedaría ahí parado
Como queriendo morirme
Queriendo no ser descifrado
Queriendo que no sepas
Mis dudas
Que no sepas mis penas
Que no sepas mis miedos
Y vos, riendo
Mirarías, mirarías
Hasta que yo como cascada
Me hunda de la vergüenza.

Porque entonces me
Habrías ganado
Hasta mi propia batalla.

En otro mundo imperfecto
En otro tiempo imperfecto

Yo podría ser comprendido
Sin necesidad de usar palabras.

Repetición

Voces continúan
Taladrando mis paredes
Mi cuerpo entero
No es más que ruido
Acá y allá
Similitudes encontradas
Contradicciones eternas
En el aire floto junto
A las piedras
Mis pasos son de otro
Que pretende ser yo
Un yo corroído
Figura desgastada de
Algo que apenas
En algún momento llegó
Sin saberse
A ser.

Un par de manos tratan de
Tomarme a lo lejos
No sé como reaccionar.

Amnesia

Sé muy bien

Que soy culpable

Lo que no recuerdo es cuál

De todas las culpas

Es

La mía.

O si acaso

Son todas.

Ojos y huesos

En ocasiones me miro y pienso que no sé qué pienso cuando me miro;
pego mi ojo a mi ojo, dejo que la luz reflejada en uno refleje en el otro
tan solo para que vuelva a reflejarse en ciclo eterno,
hasta que en algún punto llegue correctamente a mi retina.

No al frente, no atrás.

Todo mostrándose exactamente como es,
o como se supone debiera ser.

Pego mis manos a la cara
como quien examina las vendas
que cubren una herida.

De quién es esta piel,
de quién estos huesos.

Otro lado

Eterna contradicción de mis pasos y mi sentir
Una divagación extrema vuelve a formar parte
La oscuridad no espanta mis espíritus
Ellos habitan apaciblemente jugando con su eterna sombra.

El que era ya no es
El que es ha cortado todo vínculo
Con aquel que era
Se presenta a sí mismo frente a un espejo resquebrajado.

Piensa apaciblemente en los momentos en los que solía
Ser parte de algo más que sí mismo
Un sí mismo completamente aislado de su verdadero ser
Una extraña figura que permanece
Por el hecho de no saber como dejar de hacerlo.

Mil y un fragmentos entran y salen
En túnel aparentemente infinito
Por un pequeño orificio en una de sus paredes
Van hacia otra inexistencia.